



Renunciar y disfrutar:

La vida como fiesta

por José Luis Suárez



Llegamos al final de esta serie de doce reflexiones

acerca de la importancia que tiene el disfrutar de

todo lo bueno que Dios ha creado, con la presente sobre «la vida como fiesta». Es evidente que todo lo que se puede decir sobre este tema, no acaba con esta serie de artículos; sino que ahora, se trata de que cada lector pueda seguir investigando y sobre todo viviendo realidades relacionadas con el tema del disfrutar.

La fiesta es una realidad importante en la vida del pueblo de Dios. Las fiestas y las celebraciones en la Biblia están relacionadas y casi no se pueden separar una de la otra, porque generalmente la fiesta es la celebración de un acontecimiento bueno ocurrido en el pasado. Para el pueblo de Dios la fiesta era una realidad natural de la vida. Algunas se alargaban varios días, hasta una semana. La fiesta pasual en el Antiguo Testamento era la más importante, la fiesta por excelencia de todo el año. A ella acudían miles de peregrinos de todos los lugares a Jerusalén. Esta fiesta tenía como fin recordar la liberación del pueblo judío de la esclavitud de Egipto, por lo que era una fiesta de alegría por la libertad adquirida, al tiempo que se vivía como una celebración anticipada de la salvación futura.

Los evangelios nos relatan muchas fiestas. El primer milagro de Jesús tu-

vo lugar en la boda de Caná, donde realizó el milagro de convertir el agua en vino para que la fiesta fuera más hermosa. Para describir el reino de Dios, Jesús lo compara a una boda y el libro del Apocalipsis termina con la fiesta de las bodas del Cordero.

A lo largo de la historia de la humanidad, la fiesta ha sido un elemento importante en la vida de todos los pueblos. Dificilmente podemos imaginar un pueblo sin fiestas. Todo ser humano, a lo largo de la vida, siente la necesidad de celebrar ciertos acontecimientos como cumpleaños, bodas, aniversarios... No basta con vivir la vida, necesitamos reconocerla, celebrarla por medio de gestos, palabras, música, juegos y toda clase de expresiones creativas.

Las fiestas del pueblo de Dios son muchas: La Navidad nos recuerda el nacimiento de Jesús; el Pentecostés, que el Señor no nos ha dejado solos y que ha enviado su Espíritu para acompañarnos en la vida; la Pascua, el triunfo de la vida sobre la muerte y la

esperanza futura.

Hay fiestas propias de cada comunidad: el aniversario de la vida de una iglesia, fiestas como cumpleaños, nacimientos, bodas, comidas... Llama la atención que cada vez encontramos más iglesias que, de forma espontánea u organizada, después del culto comen todos juntos. En los retiros que celebramos cada dos años en la AMyHCE, tenemos una velada que es una fiesta que recibe nombres como la noche de los talentos, la noche de las sorpresas, la noche de la alegría, etc.

Para el cristiano la fiesta significa alegría, es un canto de acción de gracias. En la fiesta se celebra la bondad de Dios, el don de la vida, el estar juntos. La fiesta es la realidad que nos recuerda un acontecimiento feliz del pasado, al tiempo que se convierte en una fuerza para vivir el día a día y el símbolo de la esperanza futura.

La fiesta contiene al tiempo la dimensión humana y la divina. Celebramos la bondad de Dios en un momento de acción de gracias por un suceso concreto en el que hemos experimentado su ayuda, al tiempo que la comunión. La relación unos con otros son buenas y necesarias para caminar juntos, para conocernos, para amarnos, para ayudarnos; incluso en mu-



También en este número:

Pensamientos sobre el aborto	3
Puestos a dialogar...	5
Noticias de nuestras iglesias	7
El Apocalipsis	8

chos momentos el perdón y la reconciliación pueden formar parte de la fiesta. ¡Qué bonita es una fiesta cuando dos personas en enemistad se encuentran, se reconcilian y se perdonan!

En la fiesta aparece la música, la danza, los cantos. La fiesta es el momento de comunión entre los humanos pero también entre éstos y el Creador. Los creyentes celebramos la vida en armonía con los designios de Dios. El culto de los domingos es una de las oportunidades para celebrar la vida.

Es sano, bueno y necesario pararnos y recordar acontecimientos importantes de nuestra vida, porque son estos momentos los que nos dan fuerza para continuar viviendo. La fiesta del pueblo de Dios es muy diferente a un espectáculo donde encontramos unos actores profesionales a los que se paga, para que nos diviertan a los espectadores pasivos. En la fiesta del pueblo de Dios, todos son actores y espectadores, todos damos y todos recibimos.

Para vivir hay que morir

Empecé esta serie de estudios con la pregunta que un periodista le hizo a Gandhi: ¿Podría decirme en tres palabras en qué consiste el secreto de su vida? Gandhi no pudo resistir el desafío, y respondió sonriente:

—¡Sí: *Renunciar y disfrutar!*

A lo largo de esta serie de artículos he tomado la palabra de Gandhi, «disfrutar», enumerando algunas de las muchas áreas de la vida en las que podemos disfrutar de todo lo bueno que Dios ha creado. Pero ahora, al llegar la final de esta serie, no sería honesto ni conmigo mismo ni con el texto bíblico, si no observara que este disfrutar va acompañado de esa otra cara de la moneda que es inseparable del disfrutar. No solo es inseparable sino que el disfrutar no puede ocurrir sin su opuesto, que no es otro que el de reanunciar.

El estudiante, antes de disfrutar del diploma obtenido, debe sacrificarse y mucho para aprobar los exámenes. Todo deportista de élite sabe que detrás de una corona hay muchas horas de entrenamiento, incluso de sufri-

miento y de renunciaciones. Hace unos días el baloncestista Pau Gasol nada más ganar el anillo de la NBA dijo: «Están tan difíciles llegar hasta aquí que te das cuenta de lo que has tenido que sufrir». En la vida de Jesús no pudo haber resurrección sin la cruz. No podemos esperar disfrutar si no hay al tiempo renuncia. Así podría seguir enumerando ejemplos de la vida diaria y que son de sentido común, que nos recuerdan que sin esfuerzos, no hay cosecha. Para vivir hay que morir, dijo Jesús. Esta es la gran paradoja y gran verdad de la vida.

El concepto de renuncia es uno de los elementos clave en la enseñanza y la vida de Jesús. Quiero citar algunos textos bíblicos, que ya cité en el primer artículo de esta serie de estudios; y que sugiero que se lean en todo su contexto. Luego terminaré esta serie de estudios con una historia que se puede muy bien contar a los niños y que resume lo que he intentado comunicar.

- «Porque estrecha es la puerta y angosta la senda que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7,14).
- «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mateo 16,24).
- «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere produce mucho fruto» (Juan 12,24).
- «Las zorras tienen madrigueras y las aves de los cielos nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Lucas 9,58).
- «Así pues cualquiera de vosotros que no renuncie a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo» (Lucas 14,33).

«Si quieres vivir, debes primero morir»

Un comerciante de la India fue a África para adquirir algunos productos y animales de la zona. Mientras estaba en la selva pudo contemplar miles de hermosas cotorras multicolores. Decidió capturar una y llevársela a su país como animal de compañía.

Una vez en la casa la puso en una

jaula. La alimentaba de semilla de miel, le ponía música y la trataba muy bien. Cuando al cabo de dos años el hombre tuvo que regresar a África, le preguntó a la cotorra si deseaba darle algún mensaje para sus amigos de la selva. El ave le dijo a su dueño que les contara que era muy feliz en su jaula, que disfrutaba de cada instante allí y que les enviaba todo su amor.

Cuando llegó a África, transmitió el mensaje a las cotorras de la selva. Cuando acabó de hablar, una cotorra con lágrimas en los ojos cayó al suelo muerta. El hombre se alarmó y pensó que debía haber sido una muy buena amiga de la que él tenía en casa, y que esa había sido la razón de su tristeza y muerte.

Cuando el viajante volvió a la India, le contó a su cotorra lo sucedido. Ésta al escuchar la historia se desplomó sobre el suelo de la jaula. El hombre estaba aturdido, pero pensó que su animal de compañía también había muerto de desesperación al enterarse de la muerte de su amiga de la selva.

El comerciante abrió la jaula y echó el ave al contenedor de basura que había junto a su casa. Acto seguido la cotorra voló hacia la rama de un árbol.

—¿Con que no estás muerta, eh? —exclamó el hombre—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque mi amiga de la selva me envió un mensaje muy importante —respondió la cotorra.

—¿Qué mensaje? —preguntó el comerciante, sorprendido.

—Me dijo: «Si quieres vivir debes primero morir» y que si quería escaparme de tu jaula, tenía que morir estando viva.

—José Luis Suárez



El artículo a continuación delata en algunos particulares su origen en Estados Unidos, donde el debate sobre el aborto divide meridianamente la sociedad entre los «pro vida» (antiabortistas) y los «pro decisión» (refiriéndose al derecho de la mujer sobre todo lo que atañe a su propio cuerpo). En cualquier caso, el dilema moral planteado es esencialmente el mismo en todas partes, aunque las leyes sean diferentes. Entonces esta forma acaso novedosa de plantear el tema, tal vez pueda aportar también a nuestra reflexión como cristianos en España. Quizá no esté de más recordar a nuestros lectores que los artículos publicados en *El Mensajero* son siempre opiniones personales que no representan —no siempre ni necesariamente— la opinión de nuestras iglesias. —D.B.

Algunos pensamientos sobre el aborto

por Debra Sapp-Yarwood

Cuando conocí a «Elena», observé que era inteligente, muy bonita... e incapaz de conservar un empleo estable. Había hallado un sentido para su vida como voluntaria en ONGs, como la entidad de música clásica donde yo trabajaba. Elena aceptó entradas para los conciertos como pago por hacer de acomodadora en sus «días buenos», los que no se escondía en su apartamento discutiendo con sus «visitantes».

Elena padece esquizofrenia. Su médico hacía ajustes regulares en su medicación de antipsicóticos. Tomaba al menos dos, que parecían estarle funcionando más o menos aceptablemente, cuando conoció a un hombre interesante mediante una agencia para enfermos mentales donde también hacía un voluntariado. Elena no conocía el grado de sus problemas psíquicos; sólo sabía que él, igual que ella, tenía sus días buenos y sus días malos y que tomaba medicamentos muy fuertes. Fue para ambos un «día bueno» —aunque descuidado, desde luego— el que su relación se tornó íntima y ella concibió. La prognosis respecto al cigoto, sin embargo, era muy grave. Además de una predisposición hereditaria a la enfermedad mental, el código genético y la química del cigoto había sufrido alteraciones importantes debido a los medicamentos. Cualquier criatura que naciera resultaría imposible de colocar con ninguna agencia de adopciones. Elena se sometió a un aborto poco después de enterarse que estaba embarazada.

El aborto de Elena no me resulta inquietante. Acepto que hay además otras circunstancias, que puedo imaginar o no, que pudieran justificar el aborto. Por ejemplo, apoyo el aborto cuando el embarazo es el resultado de



la violencia —el incesto o cualquier otro tipo de violación. Para mí, los abortos tempranos no son muertes.

Me llamo a mí misma una «no concepcionista» y empleo el término «concepcionista» para describir a aquellos que se oponen a cualquier aborto, porque la raíz del debate sobre el aborto está en si la vida empieza o no cuando la concepción y si la protección legal de la vida es aplicable desde ese momento. Aunque el término no es exacto (los no concepcionistas no alegan saber determinar cuándo es que la vida empieza en el útero), prefiero identificarme como «no concepcionista» que con el término mucho más militante «pro decisión».

Hacia una postura dialogante.

Los términos «pro decisión» contra «pro vida» no nos ayudan. Sugieren que las personas de la opinión contraria están en contra del derecho a decidir o contra la vida, lo cual es ridículo.

Son términos que han generado resentimientos y cerrado el paso al diálogo. Sin embargo el diálogo es esencial para la legislación en democracia, por mucho que reconozcamos que existe aquí un conflicto inevitable de emoción, fe y política. Además, muchas mujeres desean poder debatir el tema del aborto sin sentirse obligadas a decantarse como traidoras o contra su propio género o bien contra bebés no nacidos.

Como no concepcionista, creo que Dios trasciende el marco de tiempo en que transcurren nuestros actos de estupidez o violencia. Es Dios quien controla cuándo entra el espíritu. Las Escrituras que convencen a muchos a oponerse al aborto —Jeremías 1,5; Job 10,10 y 31,15; Salmos 51 y 139; Isaías 49,1-5; Lucas 1,29-44; Gálatas 1,15— no me convencen de que el espíritu de Dios se imparte siempre y únicamente cuando la concepción. Un cigoto concebido en un acto de violencia o de estupidez puede llegar

a ser hijo de Dios más tarde en el útero —el espíritu divino entra apaciblemente. Al menos, eso es lo que opino yo. Al otro lado del debate, Eclesiastés 4,1-3 y 7,1, textos que algunos emplean a favor del aborto, no me brindan ninguna consolación.

Impulsa mis creencias mi propia lucha con la infertilidad, que incluye la experiencia de tres abortos espontáneos. Aunque en un caso me pasó a mitad del embarazo y me produjo la amarga tristeza de una muerte, en los otros dos casos me pasó durante el primer trimestre y sólo me embargó un sentimiento de desesperanza. Puede que esta diferencia en mis sentimientos se debiera sencillamente a las hormonas; sin embargo, me niego a creer que Dios crease vidas humanas en mí interior solamente para poder destruir las. Una muerte es algo que puedo aceptar —tres, es demasiado.

Reconozco y respeto que las/los concepcionistas sostienen sus opiniones con el mismo apasionamiento que yo. Así como yo creo que es una crueldad impía imponerle un embarazo obligatorio a una mujer que ya ha tenido que sufrir el que un hombre la viole, los concepcionistas piensan y sienten que la vida empieza cuando el esperma penetra el óvulo y que impedir que el cigoto se desarrolle es cometer un asesinato.

Una amiga católica me preguntó en cierta ocasión: «Si la vida sencillamente empieza en algún momento antes del nacimiento, ¿eso sucede en la última semana? ¿En el último mes? ¿Cuatro meses antes de nacer? ¿Y si fuera tres días antes que eso? ¿Cómo se puede determinar en qué momento, desde que descartamos el de la concepción?» Reconozco que mi postura es difícil. Los avances en la medicina adelantan cada vez más la edad de viabilidad del prematuro, y también los avances en el conocimiento del

proceso de gestación tienden a resultarme incómodos.

No es malo sentirnos incómodos. Tal vez todos debiéramos experimentar algo de incomodidad.

Mi amiga católica y otra amiga concepcionista con quien he conversado sobre estas cosas también sienten incomodidad. Les incomoda la idea de que si ellas y todos los que opinan como ellas consiguen ilegalizar el aborto, el resultado será que habrá mujeres que recurran a abortos que no sólo serán ilegales, sino en condiciones insalubres que a veces las acabarán matando. Mis amigas y yo no osentamos ningún poder de decisión importante pero al menos cuando reconocemos nuestra incomodidad, somos capaces de dialogar. Ojalá nuestros legisladores aprendieran a empezar desde esa postura dialogante.

No es suficiente reconocer que todos quisiéramos limitar los embarazos no deseados. También tenemos que resolver qué es lo que se permitirá cuando se produzcan embarazos no deseados a pesar de nuestros esfuerzos por limitarlos. Me parece bien que nuestras leyes sobre el aborto, guiadas ahora en Estados Unidos por la decisión de la Corte Suprema en el caso Roe vs. Wade, sobrepasan lo que permiten los preceptos religiosos y personales de muchos individuos. Esto no es excepcional. Es legal, por ejemplo, que yo posea un arma de fuego y la utilice de diversas maneras legales —algunas de muy dudosa moral. En cuanto a mí, yo prefiero no poseerlas.

Aparte de Elena, tengo otra amiga que optó por un aborto rápidamente tras una concepción ocurrida en circunstancias socialmente muy complejas. Eso arroja un total de dos abortos dentro de mi marco de referencia personal, que me han parecido justificables. En total, sin embargo, sé personalmente de seis abortos. Eso indica que hubo cuatro que me han resultado inquietantes.

Como estoy afiliada al partido Demócrata, a algunas mujeres les ha parecido que podían suponer que a mí el aborto no me genera ningún conflicto y me han contado con una actitud de ligereza y descaro el procedi-

Creo que Dios trasciende el marco de tiempo en que transcurren nuestros actos de estupidez o violencia.

Es Dios quien controla cuándo entra el espíritu.

miento médico que les ahorró tener que asumir una responsabilidad que les resultaba incómoda. Una de ellas lo hizo dos veces. ¡Qué horror!

El cuarto caso de aborto que me resulta inquietante —suponiendo que en efecto fuera un aborto— sucedió durante los años 70. La mujer en cuestión sólo tiene un 98% de seguridad de que fue un aborto, aunque durante toda la experiencia nadie empleó jamás las palabras «embarazo» ni «aborto». En sus años de instituto, sus reglas cesaron repentinamente y su madre la llevó a una consulta a un médico privado. La chica sabía que era posible que estuviera embarazada, pero sólo le dijeron que tenía «un problema» y que el médico la ayudaría a que volvieran sus reglas con normalidad. Su madre ya no vive y el médico lleva muchos años jubilado, de manera que esta mujer jamás sabrá con seguridad qué fue lo que pasó. Yo no sé si nuestras leyes hoy en día



No es malo sentirnos incómodos.

Tal vez todos debiéramos experimentar algo de incomodidad.

permiten este tipo de situación, pero ilustra lo que puede suceder cuando el debate sobre el aborto se censura por el pudor y la vergüenza o por la desconfianza intergeneracional. Necesitamos hallar términos de diálogo que nos permitan hablar claramente, por muy incómodo que nos resulte.

¿Qué es lo realmente humano y compasivo? Hago aumentar la inquietud de mis amistades concepcionistas cuando les cuento que además de apoyar abortos muy temprano en el embarazo, también me resisto a que se limiten los motivos médicos cuando se presentan situaciones de vida o muerte para la mujer, incluso aunque se trate ya claramente de una vida en el útero —incluso durante el último trimestre.

Cuando a mi padre —con un cuadro avanzado de Alzheimer, Parkinson y cáncer de prostata— se le añadió un fallo renal generalizado, mi madre no aceptó que le pusieran una sonda para diálisis, sabiendo que con esa decisión pondría fin a los padecimientos de mi padre, abreviándole la vida. Mamá jamás dudó que había decidido lo mejor.

Cuando el cuadro médico de una ser en el útero indica claramente que su destino será una vida breve y llena de dolor, los padres tienen que poder considerar todas las opciones posibles —incluso la de retirarle el sistema que lo mantiene con vida antes de nacer. (Se podría argumentar que cuando se ilegalizó el aborto de un feto ya desarrollado, tachándolo de «aborto de parto parcial», se retiró una de las opciones más humanas y compasivas ante este tipo de situación.)

Mis amistades concepcionistas preguntan con qué frecuencia se llega a esos extremos. Nadie lo sabe, puesto que esas decisiones se toman —como tiene que ser— en la intimidad. Pero la cuestión nos deja a todos un poco inquietos.

Aunque apoyo el que el aborto sea seguro, legal y una decisión personal íntima, mi inquietud respecto a la frecuencia y la actitud a veces ligera y descarada con respecto a este procedimiento también me hace valorar y defender la libertad de expresión de mis amistades concepcionistas.

Siempre que se abstengan de provocar daños personales, impedir el libre ejercicio de los derechos y la seguridad personal de otros, me parece bien —incluso importante— que se expresen y nos obliguen a todos a pensar y orar sobre esta cuestión. Todas deberíamos preparar una estrategia personal respecto a embarazos no deseados, que tal vez no tengan por qué aprovechar al máximo la permisividad de la legislación sobre el aborto.

El otoño pasado, un grupo de concepcionistas organizó una protesta de unos cinco kilómetros de una vía importante de la ciudad donde vivo. Su acto de protesta evitó ser controvertido; se ciñeron a las aceras y sus pancartas sólo contenían palabras, no fotos desgarradoras. Su meta, me parece a mí, era sencillamente indicar el poder de sus números. Les funcionó.

Cuando pasamos por ahí en coche con mi hijo, me preguntó que hacía ahí toda esa gente. Les dije que estaban protestando contra el aborto. Le expliqué mi punto de vista en una forma adecuada para un niño de once años y le informé que esa gente eran concepcionistas, lo cual significa que en general, en cuanto al tema de tener bebés, son gente que apoya que se tomen decisiones responsables y buenas.

—Traducido por D.B.
con permiso para
El Mensajero, de
The Mennonite,
2 junio 2009, pp. 8-10.

Puestos a dialogar...

Desde luego el meollo del debate sobre el aborto es, efectivamente, la determinación de cuándo un organismo pasa de ser potencialmente humano, a serlo plenamente en efecto.

La definición del momento cuando una vida se constituye como plenamente humana ha variado extensamente en diferentes culturas, lugares y épocas.

Los aborígenes de algunas tribus sudamericanas viven en un equilibrio precario con su ecosistema, que sólo puede soportar un número muy limitado de seres humanos por kilómetro cuadrado. Para no desequilibrar ese ecosistema tan precario, necesitan practicar algún método de limitar sus números. Sé de una tribu donde se considera que el bebé no es plenamente humano hasta varios días después del parto. Esto da tiempo para decidir si el recién nacido será aceptado como miembro de la tribu, como parte de la familia humana... o si será abandonado para que muera en la selva.

En el extremo contrario, durante toda la Edad Media europea existió la teoría del «homúnculo», la idea de que con el acto sexual el varón deposita un minúsculo ser, plenamente humano, en la matriz de la mujer. De ahí que la doctrina católica de aquella era considerase más pecado, más violencia, la masturbación que una violación o el incesto. Porque cada acto de masturbación masculina era un acto de asesinato, mientras que en los otros casos había violencia, sí, pero de menor grado.

Tardamos bastante más en decidir si los seres de otros continentes eran tan plenamente humanos como la masturbación de un macho europeo. Los españoles tendieron a obligar a los «indios» a bautizarse, reconociéndoles así el que tuvieran un alma que salvar. En las colonias inglesas, en cambio, se tendió a prohibir las misiones a los «indios». Querían exterminarlos y apropiarse de sus tierras, lo cual difícilmente se podía hacer si se

reconocían como «hermanos en la fe». En las Américas, los esclavos no alcanzaban nunca el rango de ser plenamente humanos. El esclavo adulto era a lo sumo un párvulo, que no tenía plenamente desarrolladas las facultadas propiamente humanas —ni nunca las desarrollaría por su condición de raza inferior.

En las guerras, antes de matar, los combatientes tienen que convencerse de que el enemigo no es plenamente humano como lo son uno mismo y los suyos. De hecho, el mejor combatiente es el que deja de lado su propia humanidad durante la batalla y se deja reducir a bestia enfurecida. Por eso las batallas con miles de muertos son aceptables para las sociedades humanas, porque aunque los muertos nuestros son una tragedia, las muertes del enemigo no lo son —no en la misma medida.

En tiempos del Nuevo Testamento el «control de la natalidad» que se estilaba en Roma era como el de la tribu selvática que ya hemos comentado. Los romanos sacaban a los bebés recién nacidos indeseados a las afueras de la ciudad para dejarlos morir. Al hacer esto no sentían haber cometido un asesinato sino sencillamente haberse quitado de encima «un problema». Tampoco faltó quien hiciera negocio recogiendo y criando bebés abandonados para venderlos como esclavos al cabo de unos pocos años, cuando ya podían ser útiles en la trata sexual o en las minas o... Naturalmente, quien se dedicaba a ese negocio tampoco consideraba que se tratase de seres humanos equiparables a su propia humanidad.

Somos entonces las sociedades humanas las que decidimos cuándo consideramos que un ser es «persona», cuándo es plenamente «humano». Se podría decir que *nadie ha nacido de verdad*, que *nadie es plenamente humano* en tanto que no haya quienes le reconozcan esa condición de plena humanidad.

Valgámonos de un ejemplo visto desde el otro extremo de la vida:

En algunas sociedades africanas, se entiende que hay dos categorías de muertos. Están los muertos *vivientes*



Hollywood ha hecho caja con el concepto de «los muertos vivientes»; pero en su origen africano, el concepto no carece de interés.

y están los muertos *muertos*. Cuando alguien muere, sigue viviendo en la memoria y en los recuerdos de quienes le conocieron, le amaron, se relacionaron con él o ella. Al principio sigue *muy vivo*: se aparece a la gente en sueños o en la sonrisa de un nieto que es idéntica a la suya... o se manifiesta en ruidos extraños en el medio de la noche. Si se deshonor su memoria, el muerto viviente puede enfadarse y provocar todo tipo de males. Seguirá vivo durante años y décadas, mientras alguien se acuerde de él o ella. De hecho, puede seguir vivo por muchas generaciones, con tal de que haya quienes sigan recordando y contando historias sobre su vida o sus hazañas. Pero cuando ya nadie se acuerda de que existió, entonces ha desaparecido para siempre. Entonces su muerte es final. Ha pasado a ser un muerto *muerto*, porque ya no queda nadie que le siga reconociendo su condición de ser humano.

Haría falta entonces una tercera categoría... que sería la de los «preconcepcionistas», que creen que la persona ya es plenamente humana desde el momento que Dios primero la piensa.

Supongo que en la teología bíblica se podría sostener que quien tiene que recordarnos y reconocernos para que seamos plenamente humanos, es Dios. El problema es que aunque algunos dicen saberlo, la verdad es que *nadie sabe* en qué momento Dios nos extiende ese reconocimiento. Podría argumentarse que Isaac ya tenía ese reconocimiento de parte de Dios mucho antes de que su madre Sara lo concibiera en su vientre. La fe de Abraham se habría manifestado en que creyó que para Dios, *ya existía* su hijo Isaac durante las largas décadas de la esterilidad de Sara. ¿Significa eso, entonces, que *todos* ya somos plenamente humanos muchos años antes de nuestra concepción? (Haría falta entonces una tercera categoría que añadir a los «concepcionistas» y los «no concepcionistas», que sería la de los «preconcepcionistas», que creen que la persona ya es plenamente humana desde el momento que Dios primero la piensa.) ¡Pero es que todo esto es pura especulación!

El debate sobre qué es lo que nos hace plenamente humanos no acaba con la cuestión del aborto. Tiene que ver, en última instancia, con el proyecto de Dios de volver a crearnos a todos a la imagen del postrer Adán, de Jesucristo su Hijo, para lo cual primero tiene que morir en nosotros «la carne», la imagen del primer Adán. Es verdad, entonces, que «para vivir hay que morir» (véase «La vida como fiesta», por J. L. Suárez, en las pp. 1-2; y mi breve reseña sobre el Apocalipsis, en la p. 8). Esto es reconocer que «la vida eterna» o adopción como hijos de Dios, no es exactamente lo mismo que nuestra existencia biológica con genes humanos.

Nuestra humanidad es, en última instancia, *un misterio* escondido en el corazón y las intenciones eternas de Dios.

Aceptar esa realidad de misterio significa, me parece a mí, disponerse a abandonar las descalificaciones de bulto con respecto a quienes opinan de otra forma que como lo entiende uno.

—D.B.

Noticias de nuestras comunidades



Retiro de iglesia

Barcelona, 22-24 mayo — La fotografía (arriba), es del retiro de la Iglesia Menonita de Barcelona, realizado conjuntamente con la iglesia de la calle Génova, también de Barcelona. El retiro se celebró en La Capella, Espugues de Francoli, Tarragona. El tema abordado en el retiro fue «La familia en el siglo XXI».

Bautismos en la playa

Barcelona, 21 junio — La Iglesia Menonita de Barcelona celebró este domingo el bautismo de Carmina Machacón y de Marc Pasqués, en la playa de Castelldefels. Un detalle bonito fue que el hijo de Carmina acompañó al pastor José Luis Suárez en la inmersión de su madre, mientras que la madre del Marc, hizo lo mismo con la de su hijo. Por lo demás, nos informan que hizo un día de sol y viento, pero que las olas se habían calmado un poco para cuando llegó el momento del bautismo.



Los libros de la Biblia

El Apocalipsis

La colección de los «libros» o escritos que componen la Biblia cristiana, cierra con una obra cargada de imaginación desbordada por el Espíritu. La naturaleza fantástica de esta obra —acoplada a la invitación expresa, en Ap 13,18, a que «el que tiene entendimiento» descifre sus secretos— ha generado interpretaciones de una diversidad incluso más alucinante que el propio texto interpretado.

La interpretación del Apocalipsis es cosa seria, porque en dos milenios de cristianismo, esas interpretaciones han generado guerras, alzamientos revolucionarios, suicidios colectivos y otros muchos desmanes y crueldades. No es de extrañar, entonces, que la mayoría de los cristianos, si es que acaso leen el Apocalipsis, sería con la presuposición de que será un libro «difícil» y poco menos que indescifrable. Una pena, porque la propia palabra «apocalipsis» significa, en griego, «revelación» o «explicación». Su propósito no es esconder secretos sino darlos a conocer.

La clave para entender el Apocalipsis es sencillísima y fácil de aplicar. El propio Apocalipsis se encarga de explicarla con claridad diáfana. Pero el resultado de aplicar la clave de interpretación que brinda el propio Apocalipsis es una doctrina tan «normal», que los que pretenden hallar en este escrito cosas más «interesantes», nunca se dan por satisfechos. Les parece mucho más «espiritual» dar rienda suelta a la imaginación —casi siempre violenta— sin ningún tipo de freno ni control.

En Ap 19,10 pone claramente: «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía».

Esto significa que todo lo que pone el Apocalipsis, todo lo que creemos estar entendiendo al leerlo, tiene que cotejarse estrechamente con «el testimonio de Jesús», es decir, con los evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. El «mensaje» del Apocalipsis, si lo estamos entendiendo correctamente, siempre casará exactamente

con las palabras y con el ministerio de Jesús de Nazaret, el hijo de María. Es verdad que para decir estas mismas cosas que Mateo, Marcos, Lucas y Juan, el autor del Apocalipsis le ha echado mucha más imaginación y fantasía. Pero la doctrina que enseña, es la misma:

Muchos del pueblo de Israel en la época de Jesús, anhelaban que Dios levantase un «león de Judá», un nuevo rey David, que pudiera imponer por sus conquistas militares una nueva era de oro como la antigua monarquía de Israel. En la persona de Jesús, Dios mandó ese «Mesías» esperado. Pero en lugar de un «león», resultó ser un Cordero como inmolado. El Cordero controla el destino no sólo de Israel sino de toda la humanidad. Pero lo hace desde la cruz, no con la espada. Lo hace con su enseñanza sencilla, humana y práctica, de devoción a Dios y amor al prójimo —incluso al enemigo—, con una forma de ser y de actuar siempre no violenta. El poder de Jesús reside en sus palabras tan sabias y prácticas. Su «espada» con que «conquista» el mundo entero, sale de su boca: consiste en la propia fuerza persuasiva de su manera de entender cómo vivir vidas hondamente humanas, vidas piadosas y abnegadas.

Ese poder de las palabras de Jesús acabará destruyendo toda «carne», es decir toda tendencia al pecado y la maldad en el ser humano. La «destrucción» resultante es demoledora, pero necesitará siempre de la complicidad y cooperación de las propias personas así «conquistadas» o santificadas. Al final «los reyes de la tierra» —toda fuerza que se resiste a reconocer la sabiduría y autoridad de las palabras de Jesús— acaban, todos, sin excepción, «trayendo tributo» a «la Nueva Jerusalén» cuyas puertas están siempre abiertas. Es decir que al final la fuerza persuasiva de las palabras de Jesús podrá más que todas las armas de la tierra y de los infiernos. ¡Al final todo el universo, toda cosa creada en la dimensión material así como en la dimensión «celestial» o espiritual,

aclamará al que está sentado en el trono y al Cordero, reconociendo que sus palabras son más fuertes que la mismísima muerte!

El camino a la victoria de las palabras de Jesús, sin embargo, es un camino costosísimo. La resistencia humana y diabólica contra ese mensaje será extremadamente violenta. Se cobró la vida de Jesús y se cobrará las vidas de miles de millones de seres humanos... arrastrados a matar y morir en su afán tozudo de negar una verdad tan sencilla como que el amor es más fuerte que la muerte.

Escrito en una era de crueldad exquisita, la de los romanos —simbolizada por el circo, donde la vida humana se arrebatava como espectáculo para regocijo de multitudes hambrientas de ver morir muertes espantosas— el Apocalipsis tiene algo de espectáculo circense. Pero al final, en sus últimas escenas, toda esa violencia se desvanece y lo único que queda son escenas de paz y consuelo, armonía y luz.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org